

Discurso del Dr. Enrique Campos Menendez

Al recibir de manos del Dr. Garbarini Islas su diploma de miembro correspondiente de la Academia el 12 de diciembre de 1974 en el salón de honor de la Universidad de Chile en Santiago.

Con palabra emocionada y con la honrosa responsabilidad de representar a tres ilustres chilenos, expreso nuestros agradecimientos por haber sido elegidos como Miembros Correspondientes de la Academia Argentina de Ciencias Morales y Políticas. Este honor, se ha valorizado más aún, por la circunstancia que sea el propio Presidente de dicha Academia, el ilustre doctor Guillermo Garbarini Islas, quien en un viaje especial a Chile, ha tenido la gentileza de entregar los diplomas correspondientes.

Una Academia como la Argentina, con tan reconocida prosapia intelectual, derivada de los ilustres miembros de número que la componen, es testimonio refinado de una alta cultura, digna del pueblo hermano, de su pasado glorioso y de su futuro de grandeza.

Por una antigua y preciada tradición de familia, he tenido la suerte de mantener vínculos estrechos y constantes a través de toda mi vida, con la República Argentina. Los años me han ido acercando, en admiración y afecto entrañables a esa gran Nación, cuya fraternidad es para los chilenos, un mandato de la historia y un voluntario, creciente y querido sentimiento.

No siempre las sinrazones del corazón, coinciden, como en el caso de la amistad de nuestros dos pueblos, con las razones del pensamiento y de la realidad. Chilenos y argentinos, están estrechamente unidos por lazos espirituales que se refuerzan por la evidente conveniencia de una complementación cada día más intensa. Símbolo de esta unión, es don Guillermo Garbarini Islas, el eminente académico que hoy nos visita como docto adelantado de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Este gran señor del pensamiento, tiene, además, una trayectoria ejemplar, como animador de la convivencia armónica de nuestras dos naciones. Como ilustre argentino que es, nosotros lo consideramos, un chileno elegido por el corazón.

Han sido designados Miembros Correspondientes de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Argentina, dos Embajadores nuestros que dieron testimonio a través de su acción y de sus relevantes personalidades, del afecto de nuestro pueblo por la nación trasandina. Los nombres de Fernando Aldunate Errázuriz y Germán Vergara Donoso, son demasiado conocidos para que necesiten del realce de mis adjetivos; ambos en su rutilante carrera diplomática, han alcanzado los más altos honores y distinciones por la labor realizada. Pero estoy seguro de que interpreto sus sentimientos, al expresar que ambos, también guardan como el honor mayor y como el más grato recuerdo, aquellas épocas en que les correspondió ser Embajadores de Chile en Argentina. Por otra parte, Sergio Martínez Baeza, Presidente del Instituto Chileno Argentino de Cultura, cuya institución, juntamente con su complementaria en Argentina, cumple 40 años, es un joven y talentoso profesional, que ha puesto al servicio de la amistad de nuestras repúblicas, lo mejor de su entusiasmo y de su capacidad. El único que tendría que dar explicaciones por alcanzar el mérito con que se nos ha distinguido, es mi humilde persona. Si bien no poseo los positivos atributos de mis colegas, puedo asegurarles que me empeñaré para tratar de conquistar con esfuerzo y espíritu fraternal, esos merecimientos necesarios para ponerme a la altura de la distinción de que he sido objeto.

En los momentos que vivimos, es preciso afirmarse en algunas concepciones básicas. La evolución del mundo actual es tan rápida, que muchos le han confundido, tomando por ignorancia o conveniencia un fácil atajo con una revolución integral. Es una forma menguada de la inteligencia "per se". El mundo avanza a pasos contados, y sólo los que tienen un criterio sólidamente formado, advierten entre los remolinos del gran cauce, cuál es la verdadera y última dirección fundamental. Los más, se pierden en las correntadas marginales; quedan estancados en aguas poco profundas o se estrellan contra los roquedales costeros. Sólo aquellos que tienen mirada más larga, que saben del lenguaje de las estrellas, siguen el curso majestuoso y permanente del rumbo de la historia.

Una Academia que se dedica fundamentalmente al estudio y dilucidación de las Ciencias Morales y Políticas, precisamente, en este momento histórico en que la moral y la política aparecen en abierta pugna, es centro fundamental del pensamiento y la orientación ciudadana. Creo que todos tenemos la obligación de terciar en el debate clarificador en esta hora de tanta confusión; orientada, estimulada y empujada, por la mano diestra de los que arteramente quieren adecuar la función política a sus intereses y desterrar la moral de la faz del planeta.

Esta no es una mera frase ni una aprensión trasnochada, es la enunciación de una causa misional, que como académicos y como ciudadanos de esta América tenemos la obligación de enfrentar y dilucidar para esparcir una oleada densa de paz y de nacionalidad sobre la superficie irritada de este mundo apasionado, que se debate al borde del mayor caos que han conocido los tiempos.

Penetrando en el tema que brevemente quiero tratar, afirmo que la conjunción de las palabras "moral" y "política", que se agrupan en el nombre de la Academia de la que desde ahora tengo el gran honor de ser Miembro Correspondiente, me ha puesto frente al problema que considero quizás el más agudo del tiempo que vivimos. ¡Moral y política!

Estos conceptos intrínsecamente tan profundos y trascendentes, cobran en cuanto se les relaciona entre sí, inusitadas valoraciones. Como he dicho, creo que en gran medida los males de la hora presente radican en que no existe la debida correspondencia entre la moral y la política. Recordemos aquellas frases que en su áspero lenguaje decía Baroja de la política: "es un juego sucio de compadres". Para Voltaire, era "el arte de mentir a propósito" y, así podríamos seguir hasta otros, que llegaron a afirmar que la política es una suerte de matemáticas donde dos más dos, jamás son cuatro.

Sin llegar a esos extremos, nos podríamos quedar con la humorística reflexión de Mark Twain, que decía que "la política sería una cosa muy sencilla, si no se diera la casualidad de que la hacen los hombres".

Por su parte también la moral ha sufrido y sufre el empuje de los excépticos y de los cínicos. Amiel nos habla de una moral masculina y otra moral femenina. Para Prevost, hay una moral social, una moral cristiana y cien morales más; se podría hasta hablar de una moral de banquero y una moral de prostituta.

Por último, ¿quién no recuerda aquella ácida paradoja de Wilde: "Un hombre moralista es, por regla general un hipócrita: una mujer moralista, es invariablemente fea".

He espigado estas citas con el único y deliberado propósito de demostrar como los hombres, incluso los de gran talento, desde siempre han tenido una pobre idea de la moral y la de la política, sin duda, no tanto por lo que debieran ser, sino, simplemente, ¡por lo que son!

Yo creo que en Chile no sólo vivimos una época de rectificaciones políticas, sino también, una profunda de orden moral. El hecho histórico acontecido el 11 de setiembre de 1973 es quizás una de las fechas más importantes de toda la historia de nuestro país no sólo por lo que ella ha significado

como cambio en la trayectoria política, económica y social de nuestra Nación, no sólo por la importancia de los acontecimientos que acaecieron, sino por las causas morales que originaron esos acontecimientos y por la proyección que las mismas tendrán en el futuro de Chile.

Esta verdad, que ya es profundamente conocida y apreciada por el pueblo chileno, que es el sujeto fundamental de estos acontecimientos históricos, desgraciadamente, por menguadas conveniencias, odiosas pasiones, innobles temores o falta de una información adecuada y correcta, no ha sido comprendida y aquilatada en el exterior en su profundo realismo y significado.

Nosotros afirmamos que los grupos gobernantes de Chile en los últimos años, en forma especial los de la Unidad Popular, habían llevado al país al borde del abismo, precisamente, por haber producido una profunda desvalorización de los dos conceptos que deben informar la acción de los gobernantes: la moral y la política.

Por moral entendemos aquel conjunto de normas que, por encima de la legislación positiva, rigen nuestro actuar para alcanzar el fin que es propio a nuestra naturaleza corpóreo espiritual; razón por la cual debe afirmarse de modo categórico la subordinación de la política a la moral. El fin de la política es el bien común temporal, que es parte del fin moral a que se ordena la persona. La política es el arte del que gobierna de modo de procurar que todos alcancemos nuestro fin, que es el bien común. Por eso, toda ley positiva debe ser una concreción derivada de la ley moral.

El problema está en determinar el contenido de la ley moral, contenido que es el que está cuestionado por todos los movimientos que azotan nuestro mundo y que piden la liberación de las normas fundamentales, liberación que, cuando se produce, desemboca en degradantes aberraciones.

No es difícil, al menos en principio, resolver la cuestión, porque si el hombre ha sido hecho para un fin, y consta de una naturaleza adecuada a ese fin es evidente que ella deba convertirse en la ley fundamental de nuestro actuar. Es, por ende, la ley de nuestra naturaleza, conocida por la razón, la norma básica a que ha de sujetarse nuestro actuar libre; y es a esa misma norma a que ha de sujetar su acción la autoridad.

Es así, porque lo manda la naturaleza humana, que los padres tienen el deber y el derecho primario a la educación de sus hijos, y nadie puede estorbarles en su ejercicio, sino todos, y especialmente el Estado, han de ayudarles en lo necesario para alcanzar tan alto fin. Es porque lo manda nuestra naturaleza, que en una sociedad debe respetarse la

iniciativa privada como motor del progreso social, y si se la mata en aras de un hipertrofiado dirigismo estatal, esa sociedad se transforma en tiránica. Es nuestra naturaleza, la que exige el respeto y defensa del bien y de la verdad, y la obstaculización absoluta del mal y del error, aunque vengan envueltos en las llamativas galas de un fermentado progreso y libertad humana.

La política no puede desligarse de la moral, so pena de dejar de ser política y convertirse en la expresión arbitraria de la tiranía. La política o es moral o no es política; o se encamina a los fines superiores del hombre, o lo conduce a su degradación.

El mundo moderno tiene una idea falseada de lo que es un buen político: para él lo es, el que se maneja tan hábilmente que es capaz de conquistar mayor poder con el menor esfuerzo. La sociedad contemporánea, al negar que sus miembros buscan la unidad para alcanzar un fin común, ha hecho de cada persona individual, un fin en sí mismo, con lo cual ha convertido el egoísmo en una virtud y ha hecho del poder, la gran meta humana. El que no es de alguna manera poderoso, nada tiene que hacer en el mundo de hoy. Es desde esta premisa, de donde han nacido las grandes luchas de clases, de grupos, de partidos y de individuos que son el "leiv motiv" de la historia humana en las últimas épocas.

La política entendida como "el arte de hacerse del poder", ha provocado por otra parte, una gigantesca corrupción moral, pues si ése es el fin, no hay medio ilícito que no pueda usarse para alcanzarlo. Esta concepción conlleva el principio de que "el fin justifica los medios", porque si se trata de conseguir poder, por ser poderoso, es evidente que no se reparará en medios para lograrlo.

La dura, angustiada y desesperada experiencia de haber sufrido durante tres años los trágicos efectos de estas torvas caricaturas de lo que realmente son la política y la moral, nos ha permitido darnos cuenta del valor de su verdadera naturaleza. Por eso nos hemos hecho el solemne propósito expresado en la Declaración de Principios del Supremo Gobierno, de respetar esa naturaleza y organizar nuestra vida común de acuerdo a sus mandatos.

Los chilenos nos sabemos un país poco poblado, con graves y grandes problemas, relativamente nuevo en su apariencia formal. Sin embargo, nos sentimos sólida y legítimamente enraizados, al igual que nuestros hermanos argentinos, a los más digno y valedero de la cultura cristiana occidental. Somos, pues, tan antiguos como los pueblos viejos y tan nobles como lo fueron quienes en forma tan generosa nos dieron vida; una nueva existencia que reverdeció en el ámbito inmenso de

nuestras pampas y valles, de nuestras cordilleras y costas, de nuestros desiertos y selvas. Somos una reencarnación de la más decantada civilización. En verdad somos, una voz nueva, que reza viejas plegarias, pero con el acento que da la fuerza telúrica y esperanzada de este continente.

Tres son, a mi modo de ver, las preocupaciones primordiales de chilenos y argentinos que nos han de inquietar en esta hora: mantener por encima de cualquier sacrificio nuestras respectivas soberanías, que pueden ser violentadas por los enemigos de fuera y empujadas a perturbar el desarrollo pacífico de una profícua existencia vecinal. Organizar nuestra convivencia interna dentro de cánones propios, que respondan a nuestra idiosincrasia existencial, enaltecendo los postulados básicos de jerarquía, orden, libertad y derechos y deberes, que se enraícen con nuestra rica y sabia tradición histórica. Y la tercera, crear forma vitales, que tengan tal fuerza expresiva en lo económico y cultural, que empujen y superen al hombre nuestro haciendo que las energías se vuelquen de lleno a elaborar en una unida fraternidad, esa grandeza y desarrollo, aprovechando positivamente la complementación de nuestras dos patrias. Todo esto lo tenemos, pero debemos desarrollarlo en plenitud, darnos cuenta que aquello que heredamos no es letra muerta, ni una dádiva gratuita y vana de la Providencia, sino el mayor bien que nos obliga a cultivarlo con esmero. Hay que meter en el corazón de cada chileno y de cada argentino, junto con el amor a su patria, este amor a la paz entre hermanos y vecinos, para que nos acerquemos sin temores, para que nos querramos sin reservas, para que nos complementemos sin pensar en ventajas ni pequeños egoísmos.

Señores:

Decía Fontenelle, "que las academias son un dulce lecho donde el espíritu duerme". La "boutade" del ilustre intelectual galo, es como el oportuno tirón en la toga del emperador: es necesario, en especial en esta hora convulsa, que las academias estén más despiertas que nunca, en desvelo permanente, sino quieren ver arrasados las bases de toda su sapiencia política y de todo su fundamento moral.

Chile ha despertado gracias a la gesta heroica y redentora del 11 de Septiembre. Pero ello no ha sido más que el comienzo del gran renacimiento; renacimiento que los chilenos, por voluntad soberana, queremos ver extendidos a todos los campos de la actividad ciudadana. La experiencia del mundo indica que ya no es posible mayor desarrollo económico sin que él esté complementado debidamente por uno social. Nosotros afirmamos, representando en ello genuinamente el pensamiento de nuestros gobernantes, que ello tampoco nos satis-

face. Que vamos al desarrollo integral del ser humano, cuya premisa básica consiste en que todos los esfuerzos económicos y sociales, serán vanos, si ellos no van acompañados y ordenados a un profundo incremento cultural, que dé como fruto, el florecimiento de una política basada en una sólida moral. Sobre la base de estos postulados, queremos fomentar el establecimiento de nuestras relaciones más cordiales y fecundas con los pueblos hermanos, para que forjemos juntos las formas integradoras de la gran comunidad americana, como aquella que soñaron nuestros próceres y que nosotros hemos de dejar como la más noble herencia a nuestros hijos.

En nombre de mis tres ilustres colegas chilenos, por el gran honor de haber sido nominados Miembros Corresponsdientes de la Academia Argentina de Ciencias Morales y Políticas, expreso a su Presidente, el doctor don Guillermo Garbarini Islas, nuestro más profundo agradecimiento, que le rogamos los haga extensivos a todos y cada uno de los ilustres argentinos que prestigian con sus personalidades la cultura de un gran país, al que nos sentimos ligados por los más nobles lazos de la tradición y el sentimiento.

Enrique Campos Menéndez

